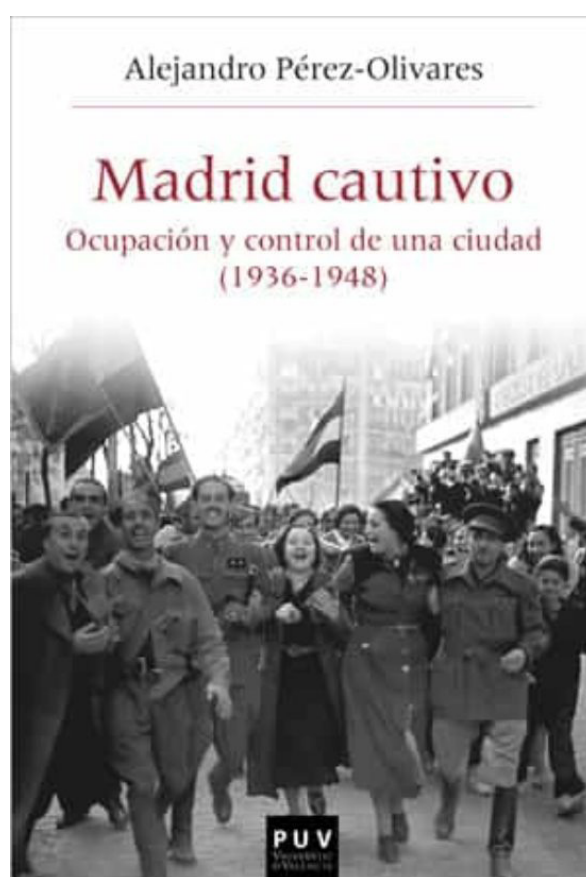


# Del objeto de deseo al «Ya hemos pasado»: Madrid cautivo\*

Juan Carlos García Funes  
Universidad Pública de Navarra

El 26 de mayo de 2021 se celebraron elecciones autonómicas y municipales en Madrid. Al ayuntamiento de la capital llegaban cuatro concejales de una fuerza política que celebró la novedad de su irrupción representativa con aires más añejos. A la una y media de la madrugada, en su cuenta oficial de Twitter plasmaron una fotografía del Palacio de las Comunicaciones, edificio del Ayuntamiento, con una frase en medio: «Ya hemos pasado». Quizás millones de madrileños y madrileñas desconocieran a qué podría referirse el partido político con este mensaje. Quizás entre sus votantes tampoco se comprendiera su totalidad. A priori, tampoco hace falta mucho esfuerzo para quedarse con lo básico: entraban al órgano de representación política de la capital. Pero la utilización de este lema no es baladí. Millones de personas lo comprendieron, seguramente. Y más aún, las de más avanzada edad. Se deben sumar ciertos elementos de cultura popular, musical y memoria traumática. Y también memoria de la «Victoria». Aquella «Victoria» que celebraron quienes vivieron la entrada en Madrid de las tropas sublevadas el 28 de marzo de 1939 como un día de «liberación». Aquella «caída» que temían quienes la experimentaron como la «ocupación» definitiva. Y el

\* Reseña de: Alejandro Pérez Olivares, *Madrid cautivo: Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*, Valencia, PUV, 2020, 226 pp.



elemento musical juega su papel dado que ese «Ya hemos pasado» era el título de una canción compuesta por Francisco Cotarelo y música de Manuel Talavera, dedicado, como reza en la partitura, «al madrileñísimo Perico Chicote», barman de la primera coctelería de España. La voz de Celia Gámez popularizó este chotis, quien entonaba aquel «¡Ya hemos pasado!, decimos los facciosos. ¡Ya hemos pasado!, gritamos los

rebeldes». Un chotis cuyo título confrontaba aquel «No pasarán» que colgaba de una gran pancarta en la calle Toledo, cercana de la Plaza Mayor. Un lema de la resistencia antifascista no solo madrileña, ya que se convirtió en lema internacional, aún presente manifestaciones, mítines, canciones, redes sociales y todo tipo de vías y adaptaciones multilingües dentro de los mensajes del más amplio espectro de lo que llamamos «las izquierdas». 82 años separaban un chotis y un *tuit*. Pocas veces se puede transmitir una idea tan potente con solo tres palabras.

¿Tan presente tenemos 1939 en el imaginario colectivo? ¿De qué hablamos cuando hablamos de «ocupación» o de «liberación»? ¿Cómo se preparó y se efectuó la entrada en la Capital? Esta última es una de las grandes preguntas que se realiza Alejandro Pérez-Olivares. Si quieren comprender de qué hablamos cuando hablamos de «ocupación» no pueden perderse la lectura de este *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*, un libro construido a partir seis capítulos, divididos en tres partes cuyos títulos sintetizan las concepciones de Madrid que tenían las tropas que planificaron, consumaron y establecieron su ocupación: la ciudad del desafío, la ciudad del delito y la ciudad del orden.

Pérez-Olivares presenta en forma de monografía la que fue su investigación doctoral, de la mano de Publicacions de la Universitat de València (PUV). El autor ya nos había iluminado en su anterior libro, *Victoria y control en el Madrid ocupado. Los del Europa (1939-1949)* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2018), sobre los métodos de una investigación policial puesta en marcha desde 1939: el despliegue del aparato represivo franquista contra 18 personas, proceso judicial mediante, por su implicación en la utilización del Cine Europa, en el barrio de Tetuán, como cuartel y centro de detención

durante la guerra. Si en aquel libro nos hizo recorrer profusamente los recodos de una investigación militar y policial, las denuncias calle por calle, los interrogatorios y torturas en la oscuridad de las comisarías, en este *Madrid cautivo* el autor nos muestra la gran antesala de estas prácticas, las bambalinas de aquel despliegue militar por la que desde aquel mayo de 1939 se inauguró un tiempo «tiempo nuevo», con la quiebra del Madrid del «No pasarán» y su conversión en la capital del Nuevo Estado franquista. Valga la metáfora de las bambalinas no solamente para hacernos la idea de un espacio y un tiempo previo a una gran demostración, como lo fue la ocupación. La metáfora podría ser literal, porque el «Desfile de la Victoria» que Franco organizó para el 19 de mayo fue algo más que una escenificación del éxito militar y la demostración de la inexorable unión de la población al dictador. Fue una gran maniobra de orden público y de caracterización de Madrid como una plaza militarizada.

Este libro nos muestra cómo para la entrada en Madrid no se trataba solamente de calcular con precisión cómo derrotar las defensas republicanas, sino de tener proyectada a la perfección una entrada veloz de unas unidades militares que tuvieran bien definidos sus objetivos generales y concretos. A esta conclusión llega el autor gracias al valioso análisis de las fuentes conservadas, entre otros, el Archivo General Militar de Ávila, el Centro Documental de la Memoria Histórica, el Archivo General e Histórico de Defensa y el Archivo General de la Administración. Es digna de destacar la ampliación de la lupa bajando al nivel más micro, con la minuciosidad demostrada en el rastreo de delaciones, declaraciones, denuncias, informes de autoridades o localización de encausados, que ha plasmado sobre el plano de la capital. El libro incorpora entre sus capítulos un cartografiado de las

prácticas militares, policiales y los comportamientos vecinales. El autor disecciona así la geografía del control de la ciudad con la misma precisión de cirujano que las tropas ocupantes. La representación de los sectores, el cálculo de entrada y la asignación de las columnas de orden y ocupación de Madrid (p. 64), los puntos relevantes y las bases de operaciones (p. 67), los juzgados, las cárceles y las comisarías (p. 86), el registro de las posiciones militares que debían de ser desmanteladas (p. 81), son una gran muestra de la versatilidad que permite realizarle preguntas diversas a unas mismas fuentes. De hecho, el autor llega incluso a plantear la potencialidad de proyectar, sobre un plano alzado de edificio, los comportamientos vecinales a la hora de denunciar a sus vecinos. Piso por piso, puerta por puerta, plasma este ejercicio con el ejemplo de un edificio de la calle Jordán (p. 112). Algunas de estas cartografías parecen traducir algunas de las que generase el propio Estado Mayor de Franco, pero otras son fruto del olfato del investigador que quiere encaminarse a elaborar una geografía del control social, del orden público y de la militarización. De hecho, el autor se reconoce deudor de la reflexión y metodología de lo que viene llamándose «giro espacial», esto es, comprender los comportamientos no solo «desde el espacio, sino a través de él» (p. 17). Todo este aparato metodológico logra escapar de las grandes proclamas del régimen y su propaganda para sumergirse en la documentación militar para realizarse preguntas ambiciosas, que muestran un amplio bagaje de lecturas en torno a las sociedades posconflicto y que muestra un acierto importante: la comprensión de la inteligencia y los servicios de información durante la guerra como herramienta clave y novedosa en el panorama bélico español, en línea con trabajos de nueva historia militar, como los de Carlos Píriz (*En campo enemigo:*

*la quinta columna en la Guerra Civil española (c. 1936-1941)*). Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2019). Estudiar cómo colaboraron estos servicios con la justicia militar aporta una original reflexión sobre el orden público.

Esta forma de mirar al Madrid de 1939 busca no considerar la ocupación como momento de ruptura, en línea con las investigaciones de Daniel Oviedo Silva («*Nadie pase sin hablar al portero*»). *El papel de los porteros en la vigilancia urbana, las prácticas informativas y las prácticas acusatorias en Madrid (1874-1945)*. PhD thesis, University of Nottingham, 2019). Lo fue, desde luego. La violencia desplegada desde 1939 tuvo una trascendencia en la ciudad a nivel material, cultural, simbólico, sociológico, indudables. Pero Pérez-Olivares no quiere obviar las dinámicas de continuidad para que comprendamos de una forma más poliédrica, qué proyectaron las tropas franquistas antes de entrar, consideran con qué contaban antes de hacerlo y, en última instancia, en qué grado conocían la ciudad que pretendían tomar y que habían convertido en «objeto de deseo».

Las tropas franquistas pergeñaron un control efectivo del territorio y, con ello, de la población de Madrid. Una planificación basada en una intrincada red de jueces, militares y policías, pero también de soldados formados para la recuperación de documentos y el afianzamiento de unos servicios de orden que, a nivel de calle, de portal, de puerta, se valiera de la incautación y de la fuerza de la delación para hacerse con los barrios de la capital. Eran los engranajes de una maquinaria de control que cepilló a contrapelo el Madrid antifascista y el Madrid que deseaba con ansia la entrada de las tropas sublevadas. En el horizonte estaba la intención de lograr detener a los considerados enemigos de la sublevación militar de julio de 1936, para

aislarlos, encarcelarlos, castigarlos y ejecutarlos. Por supuesto, también a quienes no tuvieron un gran protagonismo en la resistencia, pero eran afines o los protegieron. La criminalización, la represión y la punición fueron herramientas para regular las relaciones sociales. Entrar en Madrid fue algo más que un desfile victorioso tras una derrota sin paliativos del Ejército republicano. Las instrucciones de Emilio Mola ya habían dado un carácter estratégico y simbólico a la capital y no era una ciudad más. Con la entrada se desplegó una lógica del castigo y una noción del orden público que vehicularon un control social destinado, en última instancia, a generar un nuevo orden social tratando de reconstruir el previo a la experiencia republicana.

Para todo esto fue fundamental la vigilancia urbana y la restricción del espacio público, la gestión de los antecedentes y el descubrimiento de las conductas político-sociales mediante investigaciones policiales. Las comisarías tuvieron pronto orden de desarmar a los enemigos, expulsar a los policías «rojos» y detener al personal sospechoso de Correos, Telégrafos, del Banco de España, así como de incautar periódicos. Todo habitante debía deponer las armas ante las tropas franquistas y apoyarlas. La seguridad de la calle quedó militarizada, experimentando la ciudad la militarización de un estado de guerra que llevó por la vía del juicio sumarísimo prácticamente todas las facetas de la vida. Incluso los insultos fueron juzgados por esta vía. Madrid se convirtió en la capital de una «Estado campamental» en el que los militares tenían controlados hasta los más mínimos espacios de sociabilidad, como los barrios. Uno de los grandes retos de la ocupación

era disolver el anonimato asociado a la vida urbana, valiéndose de todo tipo de herramientas (edictos, declaraciones) con tal de lograr penetrar en las redes de sociabilidad y vecindad en los barrios. Por ejemplo, es destacable la utilización de los tribunales de porteros para hacerse con sus declaraciones y conocer las actitudes de los inquilinos de los edificios durante el período 1936-1939 (en línea con Oviedo Silva [2019]). Al fin y al cabo, los ocupantes sabían que los porteros y las porteras de fincas y edificios eran dispositivos de control de la convivencia vecinal. El cierre de la ciudad para realizar un censo provisional de la ciudad tras la ocupación, la gestión de los flujos de información, la militarización del transporte, el abastecimiento y la sanidad, la obtención de una agenda de informantes, todos estos factores demuestran una forma de ocupación de una ciudad. Una experiencia con un grado de reflexión y anticipación que rompía con las experiencias de ocupación de otras ciudades tomadas con anterioridad, como Santander y Gijón.

Con esta obra alcanzamos a comprender que La Victoria fue algo más que una palabra grandilocuente con la que bautizar un arco de triunfo en Moncloa, todavía en construcción desde finales de octubre de 1954. Fue una gran planificación de amplias maniobras, no solo la imposición en el campo de batalla, no sólo el doblegar al enemigo en los frentes. Fue una cimentación diaria, una proyección sobre los planos de la ciudad, con la precisión de tiralíneas de arquitectura y la contabilidad de una gran empresa. Comenzó y culminó con la solidez del basamento de aquel arco del triunfo. Gran peso que aún permea en las calles de Madrid.